

# Edificio de Nogal



Oscar Garzón Mejía\*

[o.garzon@javeriana.edu.co](mailto:o.garzon@javeriana.edu.co)

La basura, contenida en recipientes de un metro de alto, huele como toda la basura del mundo y contiene básicamente los mismos desechos. Papel higiénico, restos de comida, cáscaras de frutas. La diferencia radica en que estos recipientes se encuentran en el sótano de uno de los edificios más exclusivos de la ciudad, ubicado en el barrio El Nogal.

El cuarto de basuras es quizás el lugar más reducido de todo el edificio. En general, los espacios son amplios y rebosantes de luz, pero a este cuartucho apenas lo ilumina un titilante bombillo de neón que le agrega una atmósfera claustrofóbica y decadente. Al salir, la puerta se cierra con tal estruendo que asusta a alguna que otra rata del lugar.

El edificio tiene 12 pisos, 2 sótanos y 46 apartamentos. Pero más allá de cifras concretas, lo realmente importante es lo que sucede en su interior. Manuel\*, uno de los tres celadores encargados de la seguridad y vigilancia, se ubica en la entrada principal. Su función, casi kafkiana, consiste en presionar un pequeño botón rojo que acciona el mecanismo para abrir la puerta, repartir la correspondencia a todo residente que ingrese, y mirar un televisor que no transmite las telenovelas del mediodía o un partido de fútbol, sino las imágenes grises de las cámaras de seguridad repartidas por todo el edificio. Claro, si algún residente olvida cerrar la puerta correctamente al entrar, entonces se le suma la función de pararse de su silla, atravesar los cuatro metros que lo separan de la entrada, y cerrarla mientras, seguramente, maldice al incapaz de cerrarla.

—“*Ya hasta se me olvidó saludar*” —dice en tono irónico mientras habla acerca de su trabajo.

▷▷ \* Estudiante de Literatura en la Universidad Javeriana.  
Taller de Usaquén

\* Nombres cambiados.

Porque si hay algo que pareciera ser síntoma de opulencia y desaforada riqueza, es la incapacidad de hablar con desconocidos. Quizás por eso el ascensor es el único que habla en el edificio. Al llegar a un piso cualquiera, éste indica, con la inconfundible voz robótica de un Transmilenio, el piso al cual se acaba de llegar. Y como si se tratase de otra regla general, a mayor distancia se encuentre uno de llegar a las puertas del ascensor y se pida con toda la amabilidad del mundo detener las puertas, el residente que se encuentre adentro hará hasta lo imposible para que éstas se cierren antes de ingresar.

Rosa, una mujer bajita que recuerda a Mafalda, es una de las cuatro señoras encargadas del aseo. Comenta que la amabilidad no es precisamente uno de los fuertes de los habitantes del edificio y, buscando en su memoria excepciones, recuerda a unos funcionarios de la embajada norteamericana como los únicos residentes en todo el tiempo que lleva trabajando allí que la han saludado de manera amable y calurosa.

—*“Esos gringos eran lo más de buenos... lo más de buenas personas”* —dice tratando de referirse a sus cualidades humanas y no a las físicas.

### ♦ El rítmico pasar del trapero

Sus acompañantes a lo largo del día son el balde y el trapero, y los pasea con decoro por todo el edificio. Limpia como es debido el salón de billar, la cancha de squash, y el gimnasio, así estos permanezcan vacíos la mayor parte del tiempo. El mármol, seguramente importado, brilla en todos los corredores y da la impresión de ostentación y seguridad, pero según Rosa, el mármol sólo sirve para resbalarse y bajar la temperatura del lugar un par de grados. De los techos, blancos y sin una mancha, viene la luz distribuida de manera equidistante por bombillos halógenos que agregan una amplitud falsa a los corredores. El silencio reinante la mayor parte del día es sólo interrumpido por el rítmico pasar del trapero de Rosa, el estridente taconeo de las señoras vestidas de Armani y los pasos firmes de los zapatos italianos de sus maridos.

Quizás de todos los espacios del edificio, el salón de choferes es el de mayor movimiento. Allí los conductores se reúnen a esperar; su oficio se debate entre conducir un automóvil último modelo por las atiborradas calles bogotanas y esperar en el salón a que “el doctor” o “la doctora” deseen hacer uso del carro.

El salón tiene vista a la bahía. Una bahía de carros que usualmente tiene algún Mercedes Benz parqueado con su respectivo chofer tomando una plácida siesta de mediodía. Además de la peculiar vista, el salón cuenta con un televisor de veinte pulgadas con sólo los canales nacionales, un baño estrecho con un jabón seco y partido, y una mesa donde las revistas *Soho*, *Aló* y *Fucsia* ofrecen tentadoras mujeres a medio vestir en sus portadas. Pero si deciden apagar el televisor y cerrar la revista, siempre estará el maltrecho tablero de parkés utilizado en batallas campales entre choferes hambrientos de entretenimiento en un día que sólo promete trancones y “doctores” malgeniados.

♦ **Pierre rumbo al spa**

Al preguntarle a uno de ellos por el jefe al cual transportan, hablan de Pierre. Sale todos los días, a excepción de los fines de semana, a eso de las once de la mañana vestido a la moda. Su destino: el *spa*. Allí, durante tres horas, es atendido por jóvenes mujeres adiestradas en el arte del masaje y la hidratación para luego salir librado de todo estrés posible y regresar al edificio justo a tiempo para el almuerzo. Hasta aquí la historia se mantiene dentro de los límites de lo normal, pero el chofer, dibujando una malévola sonrisa como quien cuenta un chiste, termina su cuento diciendo que Pierre no es un ejecutivo francés como cualquier persona imaginaría, sino un Chihuahua color café que lleva sus patas con tanta finura y delicadeza que es la envidia de todos sus vecinos caninos. En el asiento de atrás, el chofer debe poner un cojín forrado en una suave tela roja, donde Pierre posa gentilmente sus cuatro patas y su minúsculo rabo, aguardando a llegar a su destino final.

Tres pisos más arriba del apartamento de Pierre y sus considerados amos, vive una señora de 60 años que enviudó hace tres. La noche que murió el señor de la casa tuvo lugar una de las más absurdas jornadas de logística jamás registrada en los anales de historia del edificio. Puesto que el difunto pesaba más de 120 kilos, tuvieron que ser llamados los tres celadores para reforzar a los hombres de medicina legal que venían a realizar el levantamiento del cadáver. Las escaleras eran demasiado estrechas para bajar el cuerpo así que el equipo de logística compuesto por los celadores, la asustada empleada del servicio, la recién viuda y los hombres de medicina legal, optó por el ascensor. Inmediatamente se preguntaron cómo iban a sostener el cadáver dentro del ascensor, que sólo admitía seis personas y había que descartar la idea de enviar a dos o tres hombres con el cadáver debido a su peso. Así pues, decidieron sentar al muerto en su amplia silla de ruedas, y enviarlo completamente solo en el último viaje que habría de realizar en ascensor. En el primer piso las puertas se abrieron, y como en una película de terror, el ascensor anunció con su voz robótica el primer piso, descubriendo su tenebrosa carga. Desde ese día la empleada del servicio de la viuda prefiere bajar y subir por las escaleras, porque dice que desde aquella fatídica noche, el ascensor *"sigue oliendo al doctor, que en paz descanse."*

♦ **Los de arriba y los de abajo**

Ella es una de las más de 30 empleadas domésticas que prestan sus servicios a los habitantes del edificio. Si no son internas, llegan muy temprano a tener todo listo para que cuando los "señores" despierten, el mundo sea un lugar amable para ellos. Desayuno listo al lado del periódico con las últimas noticias del país de allá afuera. Ropa planchada que usarán los que salen a sus respectivos trabajos, dejando más de 200 metros cuadrados a manos de la empleada. Para muchas, la cocina se convierte en un vistoso escenario con luces donde entonan la ranchera o el merengue que primero se les viene a la cabeza y, mientras lavan cada plato de la vajilla alemana, se imaginan teniendo un apasionante romance con el galán de la telenovela que comienza después del medio día.

Al salir —por norma— todas son requisadas en la portería, asegurándose de que en sus pequeñas y ovaladas carteras de cuero desgastado no esté un Botero de dos por dos metros, o alguna preciada joya que adorne la comida sobrante que llevan a sus humildes hogares. Por eso, y para evitar problemas de seguridad, algunos residentes prefieren realizar exhaustivas entrevistas de trabajo a las candidatas a limpiar sus baños, preparar el desayuno y planchar su ropa.

Uno de ellos debe ser especialmente cuidadoso con la seguridad. En uno de los *penthouse* vive un honorable senador de la República famoso en el edificio por estrenar escoltas cada semana y hablar, por celular a viva voz. Cuando no está ocupado con los problemas que aquejan a la patria, organiza las ya célebres parrandas vallenatas, en las cuales, según dicen, se beben grandes cantidades de ron. En una de aquellas parrandas, el senador —al verse abrumado por la felicidad momentánea del licor y los acordes del vallenato— sacó una de las pistolas de sus escoltas y disparó unas cuantas balas cuidándose de llevar con los tiros el ritmo de la canción caribeña. Los vecinos, convencidos de un atentado o algún tipo de ataque terrorista, llamaron a la policía que llegaría media hora después para presenciar una penosa escena de borrachos entredormidos que apenas podían murmurar la letra de las canciones.

Manuel, el portero, recuerda el episodio claramente ya que fue su primera noche de trabajo en el edificio: *“Imagínesse la sorpresa que se lleva uno, primera noche, primera balacera”*.

Esa ocasión fue excepcional. Pero desde entonces ha tenido que lidiar con los problemas de siempre: residentes groseros, correspondencia equivocada y vecinos ruidosos. Se le apunta a todo menos a una labor: sacar las mariposas grandes que en épocas de lluvia se meten en los apartamentos. Las empleadas pavorosas o alguna señora con fobias comprensibles, llaman a la portería reportando al intruso, pero Manuel opta por mandar a uno de sus compañeros y por eso prefiere estar a cargo de la puerta principal.

—*“A esas sí les tengo pavor. Eso sí no lo hago. Yo me encargo de la puerta y eso sí lo hago bien”*, afirma.

Manuel detiene la conversación y responde a uno de sus compañeros por el radioteléfono. Todo indica que hoy llegarán nuevos residentes y precisamente el camión del trasteo acaba de estacionarse. La puerta principal se abre y una escuadrilla de hombres entra un sofá de por lo menos dos metros de largo debidamente forrado en plástico para evitar dañar la tela importada. Más atrás viene la nevera de dos puertas y la lavadora con su respectiva secadora. Los nuevos residentes no se ven por ninguna parte, pero detrás de sus muebles finos y todos los enseres, lo que acaba de llegar es una nueva historia para el edificio.